

NOTAS CRÍTICAS

Santayana, arqueólogo de la pasión*

José Jiménez

Interpretaciones de poesía y religión, DE GOERGE SANTAYANA, INTRODUCCIÓN DE MANUEL GARRIDO, TRADUCCIÓN AL CASTELLANO DE CARMEN GARCÍA-TREVIJANO Y SUSANA NUCCETELLI, MADRID, CÁTEDRA, 1993, 239 pp., 10.98 €

Nació en Madrid, el dieciséis de diciembre de 1863. Pero con sólo ocho años, su familia le llevó a Estados Unidos. Allí de educó. Se graduaría en la Universidad de Harvard, de la que fue profesor entre 1889 y 1912. Ese año tomó la decisión de abandonar la docencia, trasladándose a Inglaterra. Desde entonces, viviría siempre en Europa. En Oxford, París, España y, desde 1920, casi sin interrupción, en Roma. Durante la Segunda Guerra Mundial se instaló en un convento de la capital italiana. Allí moriría el veintiséis de noviembre de 1952. Es un caso, raro, de mestizaje intelectual: nunca perdió sus raíces españolas. Y un ejemplo, tampoco demasiado corriente, de nomadismo espiritual que se expresa perfectamente en el título de uno de sus textos: *Mi anfitrión el mundo*.

Ese insólito perfil explica que la figura y la obra de Santayana hayan quedado relegadas, tanto en España como en Estados Unidos. Escribió siempre en inglés, y buena parte de sus trabajos se tradujeron en Argentina. Ahora, por fin, y coincidiendo con un nuevo plan de edición completa de sus obras en Estados Unidos por el Instituto Tecnológico de Massachussets (MIT), ve la luz la primera traducción de un libro filosófico suyo en España. Es todo un acontecimiento. Porque significa el reencuentro con una de las figuras más importantes del pensamiento contemporáneo. En su introducción a la edición que comento, Manuel Garrido sitúa, con buen criterio, a Santayana junto a Unamuno y Ortega en la cima de la filosofía española de este siglo.

Santayana posee una prosa deslumbrante. La dimensión literaria estuvo siempre presente en su trabajo: su primera publicación fue un libro de poesía, *Sonetos y otros versos* (1894). Y, además de otros textos poéticos, publicó también una extensa novela: *El último puritano* (1935), de la que existe traducción en Edhasa. Pero aparte de la cuestión estilística, la elaboración de

una teoría de la belleza ideal y la persistencia de una consideración central de la poesía en la vida del espíritu dan a toda su obra filosófica una fuerte impronta estética y contemplativa.

No han faltado por ello las críticas de “esteticismo”. Y es cierto que la ontología de Santayana se despliega como una vía estética o, incluso, poética. Pero, como él mismo señaló, “por lo menos es una poesía, o un esteticismo, que brilla por su desilusión y aspira únicamente a lograr la verdad tal y como es”.

He querido recordar estas palabras de Santayana porque ilustran perfectamente su talante filosófico: desconfianza ante las grandes construcciones racionalistas o las insuficiencias del positivismo. Pero ese escepticismo no significa renuncia a la verdad ideal: el acceso a la misma es posible a través de la experiencia estética. Y sobre todo en dos de sus manifestaciones más relevantes: la poesía y la religión. Éste es el eje de la obra que comento, cuya edición original apareció en 1900, y que constituye el segundo libro filosófico publicado por Santayana, tras *El sentido de la belleza* (1896, traducción al castellano en editorial Losada).

Supongo que, aun hoy, la posición de Santayana molestará tanto a los que no conceden ningún valor a la religión como a los creyentes dogmáticos: “La religión y la poesía son idénticas en esencia y sólo difieren en el modo en que se relacionan con los asuntos prácticos. Se llama religión a la poesía cuando interviene en la vida; y la religión, cuando simplemente sobreviene a la vida, no puede ser sino poesía”.

Ni la religión ni la poesía tienen virtualidad fuera del espíritu humano, ambas brotan de la imaginación, que “es la gran unificadora de la humanidad”. Y precisamente en ella, “en la imaginación misma”, es donde hay que situar toda expansión o elevación de la mente, “el verdadero universo de la infinitud del hombre”.

A partir de este planteamiento, Santayana despliega una serie de interpretaciones, centradas siempre en la confluencia de religión y poesía. Mientras que los *Himnos homéricos* o el amor platónico en la tradición de los poetas italianos dejan en nosotros “el conocimiento perenne del bien como un ideal”, la ausencia de religión en Shakespeare es considerada como una muestra de sus limitaciones, a pesar de su excelencia poética.

En sintonía con ello, Whitman, Browning o Emerson reflejan en sus obras las carencias de la poesía moderna, pues, según Santayana, la época “actual” habría alumbrado una “poesía de la barbarie”. Una denominación que se explica porque los nuestros serían tiempos caracterizados por el paralelismo con la “naturalización” de los dioses en la decadencia de la religión clásica.

Santayana argumenta desde un *clasicismo* anti-romántico y anti-moderno, que ve la historia de la literatura occidental como un proceso continuo de “declive de la idealización”. Ciertamente, su sensibilidad se sitúa en las antípodas de lo que hoy llamamos modernidad, y eso se deja ver en su rechazo de lo contemporáneo como decadencia. En Santayana se conjugan es-

cepticismo e idealismo. Pero concibiendo que “la idealidad más alta es la captación de lo real”. Por eso, para él, la poesía superior no es la de los simples versificadores, sino la de los profetas. Y por eso, también la religión es “el ejemplo más excelso” de la idealidad de la poesía.

Encontramos así una *hermenéutica filosófica*, una *teoría de la interpretación* en la que confluyen *reflexión y poesía*. Y en la que se privilegian las constantes de una “metafísica del sentimiento” frente al valor histórico en los análisis. Santayana se ve a sí mismo como “un arqueólogo de la pasión” que desciende a las palabras de poetas y teólogos, que “son al menos las tumbas de las ideas”, para descubrir en ellas un tesoro, o alimentar la esperanza de ver restaurado lo que en otro tiempo fue un hermoso templo. Esto es, para reconstruir la experiencia que una vez les dio “significado y forma”.

Leer, descubrir a Santayana, nos es imprescindible. A pesar de su confrontación con el espíritu moderno, la belleza y la densidad de su aliento filosófico nos permiten una experiencia revitalizada de los ideales clásicos. Que aunque sea como ausencia, siguen latentemente presentes en nuestros días.

NOTAS

* Reseña publicada en *El País*, en la separata *Babelia*, el 18 de septiembre de 1993, p. 12.